

**LA EXPLICACION DE LA CULTURA CONTEMPORANEA:  
LOS AMBITOS DE LA POSMODERNIDAD**  
**Fernando Hernández**

No ha de extrañar el tono de proximidad de este acercamiento, la forma de mirar algo que forzosamente no ha de resultar lejano, y que no puede contemplarse como mirón curioso o cabriolista dialéctico. Si acaso, y desde este inicio, se hace necesario reclamar una intención crítica similar a la anunciada en otro lugar por Eugenio Trías (1980), y que supone una actitud de acercamiento a un tema, a una problemática, que en sus múltiples modos de presentarse, ha de operar como reflejo y pregunta sobre uno mismo, sobre el sentido de los acontecimientos que "me envuelven" y las preocupaciones que sobrepasan mi propia inmediatez.

Sirve este preludeo situacional, para indicar el inicio de un recorrido a la manera de inventario, por un concepto de ductilidad pegajosa, que justifica modas triviales, etiqueta enunciados de todo tipo de especialistas que participan en el revuelo cultural de funal de siglo, que recibe ocasionales sepulturas en la Menéndez y Pelayo, resucita cual guadiana o ave fénix en la pluma de los nuevos petronios culturales y va generando reseñas y referencias en un sinfín de publicaciones (hacho insólito por otra parte en estos pagos, en donde los acercamientos a los problemas culturales suelen ser la canción de un día, o eco periodístico limitado).

Frente a todo ello, este inventario tiene una intención artesana. Recuenta las tendencias y considera que las faltas se irán cubriendo con el tiempo. A favor de esta intención cuenta el tiempo y la persistencia. Pues casi no queda quincena que no dé lugar a nuevos textos, apuntes o reflexiones sobre lo que hoy casi deviene como un emblema cultural. La idea de inventario es la de señalar lo que se tiene, sobrepasando el mero juntar. Inventario de inventar categorías que permita un recorrido en el que sea posible apreciar proximidades. Así descubiertos y cercados los síntomas, quizá sea posible emitir un diagnóstico, que en cualquier

caso estará limitado y circunscrito a lo que nos es próximo.

Para este recorrido tomaré como hilo conductor artículos de diarios y revistas, que si bien pueden parecer fuentes poco académicas, ejercen un papel de síntoma de los fragmentos y parcelaciones que sirven de espejo a cualquier acercamiento a la POSMODERNIDAD. Problemática que con frecuencia ha sido objeto de una divulgación ocasional y oportunista, (pero que ha de servir de situacional perspectiva) para situar unas posibles bases de diálogo sobre el sentir y la reflexión en torno a la cultura contemporánea (limitando a ésta al ámbito preferente de la década de los ochenta). En este sentido, y sin que las dimensiones de los escritos supongan una señal valorativa, ha de entenderse como enmarque referencial de un concepto que aparece repleto de implícitos, atribuciones, antecedentes y ejemplificaciones.

Los acercamientos en forma de libro de Campillo (1985) Castiñeira (1986), Ortiz (1986) y la compilación de Tono Martínez (1986), podrían quedar cubiertos con las pinceladas de una tangencialidad superficial, un regeneracionismo pesimista anhelante de la modernidad, un tufillo de oportunismo editirial (que acaba reduciendo el valor real del texto), y una amalgama de artículos que vuelven a eludir el debate internacionalmente pretendido por el recopilador.

Pero en general la posmodernidad se ha inscrito como patrimonio de rápidos lectores, de donde ha pasado al boca a boca cotidiano. Usaré por ello estos indicadores pues a la postre son los síntomas que dan forma a mi intención: circunscribir el inventario al presente consuetudinario, a los usos inmediatos.

Un paréntesis complementario: algunas referencias del exterior.

Si el objetivo es el inventario sobre lo próximo, vale la pena no dejar de lado otros caminos que puedan ser útiles a quienes por su interés rebasen este recorrido, que vienen colocadas en forma de menú orientativo junto a otras que considero imprescindibles y

que poseen en su mayoría la característica de haber sido editadas en castellano, lo que denota en última instancia el interés que la posmodernidad suscita como objeto de consumo inmediato.

Lyotard (1984) es la punta manifiesta del iceberg, por que como señala Canguilhem (1975) es quien enmarca, refiere y organiza los ámbitos iniciales de la denominación atributiva, abriendo además un debate, hasta el presente fructífero (Lyotard, 1985, 1986), sobre la continuidad en el presente del proyecto de la modernidad. En cierta forma, es el enfrentamiento o complemento, de dos sistemas o construcciones de pensamiento, el derivado de una teoría francesa como señala Jameson (1985), que ya pretendió diluir el monolito de los saberes preestablecidos con Foucault, y el que proviene del pensamiento alemán, heredero de la escuela de Frankfurt. La polémica entre ambos se ha venido a ubicar en términos de confrontación o querrela conservadora/progresista ante la denominación de la posmodernidad y dentro de la sociedad y la cultura de lo que constituiría el actual capitalismo tardío. En esta misma línea, pero desde una posicionalidad marxista, hay que destacar el trabajo del citado Jameson (1986), quien caracteriza a nuestro referente de inventario, como un homogenizador cultural proveniente de los EE.UU., y que se configura por la falta de profundidad en sus planteamientos, el debilitamiento del sentido histórico, un nuevo tono emocional de base y el condicionamiento vital que se deriva del papel de las "nuevas tecnologías" vinculadas a la gestación de un nuevo sistema económico.

Con la referencia de la modernidad como construcción en fase o destino de superación, habría que recorrer, y más ahora que se transforma en una referencia obligada del estar a la última hispano, los textos de Vattimo (1985) y la recopilación del mismo autor junto con Rovatti (1983), que rescatan un sentido final de la modernidad centrados en el valor del sujeto y de la historia de Nietzsche y Heidegger, en la apariencia y el simulacro como experiencia del ser y en la hermenéutica heideggeriana como vía de descubrimiento de lo que constituiría el ser originario.

Pero son sobre todo las recopilaciones las que permiten vislumbrar el amplio espectro de ubicaciones a los que se ha atribuido la denominación de posmodernidad. De la arquitectura a la estética, de la crítica literaria al feminismo, de Europa a los EE.UU., la recopilación de Foster (1983) se encuentra repleta de citas que se entrecruzan y que se complementan con el debate realizado en el Instituto de las Artes Contemporáneas de Londres (ICA) (1986), en los que se reflejan nombres propios que se reiteran como Frampton, Lyotard, Dews y Merquior que van configurándose como los propagadores sobresalientes del atributo cultural de la posmodernidad.

Para ampliar sentidos, resituar polémicas y encontrar enmarques desde posiciones no acomodaticias, el recorrido por los trabajos de Lash (1985) y Wellmer (1985), ambos publicados por la revista valenciana Debata, resultan de obligada lectura, toda vez que escapan de la fácil caracterización y entran en los problemas que desde la reflexión filosófica o sociológica circundan y conforman la reflexión sobre la cultura contemporánea.

Para establecer un recorrido temático dentro de este paréntesis que mira hacia afuera, y en la puntualización de la denominada arquitectura posmoderna que en general se considera como el origen definicional del tema, la obra recopilada de Jencks (1981) resulta de obligada consulta, a pesar de su carácter de discutible clasificación, pero que introduce y establece algunas de las categorías que otras aplicaciones y derivaciones de lo posmoderno extenderán: eclecticismo, artificio, simbolismo histórico,...

En torno a la literatura y el problema de los límites de encuadre de autores y estilos, junto a la reflexión sobre el propio sentido de la escritura, el artículo de Barth (1980), se permite el irónico gesto de historiar el movimiento de la por algunos denominada literatura posmoderna, y a su vez superar la trama del "todo vale" flagelador.

Sobre el papel del individuo en la sociedad de los achenta, y a pesar de su tono de arenga reiterada, el libro de Lipotevsky (1986) resulta a ratos un interesante reclamo para configurar algunas de las notas que podrían definir las actitudes que se aglutinarían en el denominado por el autor, nuevo individualismo, y que estaría conformado por una amalgama formada por la baudriillardina seducción, un recuperado narcisismo, nuevos modos de relación social y un sentido del humor que hece contemplar con distancia escéptica la realidad.

Todo este recorrido no deja de ser puntual y está sobre todo lleno de señalizaciones situacionales, pero cumple con la función de situarnos desde algunos de los orígenes y derivaciones que se aglutinan en torno a la posmodernidad, pero sobre todo nos reclama una primera síntesis de ubicación. La posmodernidad se atribuye por igual a un tiempo y a una moda, que poseen tras de sí la búsqueda del sentido del presente, especialmente tratando de explicar el doble sentido del ser y del existir en la contemporaneidad. Y todo ello con la modernidad como referencia de contraste, con la duda sobre el futuro como intento a definir. Hay en todo ello un esfuerzo, una intención por hacer comprensible el ahora, aunque sea echando mano al fragmento, al decorado, al "revival", a un nuevo conservadurismo o a la caída de los grandes sistemas ideológicos, que en ocasiones se sustituyen con alegre simpleza por otro no tan nuevo. El debate que se produce no es cuestión de atribuciones o trivialidades. Quizá la poca fortuna esté en el nombre, y sobre ello volveremos en el epílogo, pero la necesidad de representar y explicar el presente es lo que despierta la constante de todos los acercamientos enunciados en forma de disputa o de camuflados amoríos.

#### El inventario como pretexto para un recorrido.

Hay varias líneas para seguir la ruta, varios trazos para componer lo que a todas luces se conforma como "puzzle". He tomado una

que elude jerarquías, y que permite situar los materiales disponibles dentro de un inventario, en el que no aparece "todo", porque sobre todo lo que se pretende es mostrar lo que re-presenta.

#### La marca de una circunstancia.

En el principio fue la muerte del padre, y la liberación de la fiera dormida vino por añadidura. Ganaron los socialistas e hicieron de la cultura cortesana una bandera. Tierno los bendijo a todos y al neófito se le llamó "movida". La Luna le marcó su rumbo y el País se le hizo eco, quizá porque en el fondo servía para deshinibir el narcisismo que conlleva el sentirse de nuevo el centro del mundo. La Edad de Oro se proyectó en los televisores, y una sensación de autocomplacencia se hizo extensiva y exportable. Todo era lícito para mostrar todo lo bueno que llevábamos dentro. Como un rumor fue transmitiéndose de imagen en imagen y de boca en boca, y en continuidad u oposición aparecieron manifestaciones de "lo nuevo" en otros rincones y bajo diferentes denominaciones.

Había que explicar lo sucedido, darle un referente que lo categorizara culturalmente, que señalara y remarcara su importancia. Lozano, Tono Martínez, Borja Casani y Brea sobre todos encontraron ese eco culturalizador en Lyotard. "Es imposible ser posmoderno, vivimos en ello". "Es un tiempo que lo asume todo (...) es la última demostración de una general impostura: la del arte, la de la política, la de la vida", le dice el mismo Tono Martínez a Haro Ibars (1984) en las páginas de Liberación.

Pero haciendo uso del tópico, la revolución devora a sus hijos, y un año después ya se hace balance, y los fundadores se despiden, reclusándose en el silencio o la queja de quien ve el espíritu de la orden traicionado. "Creo que empezar en la posmodernidad y terminar en pelotas resume con coherencia el discurso de lo que ha sido, no sólo la propia revista (La Luna), sino la realidad cultural de los últimos años, se lamenta Borja Casani a José

Miguel Ullán (1985). Y el balance para este mentor iniciático no puede ser más crudo. "Lo que se inició como un movimiento sincero de renovación artística se ha terminado convirtiendo por efecto de la utilización política, el "boom" periodístico y el pillaje descarado de los más paleolíticos voceros culturales, en una increíble ceremonia de confusión donde aumenta vertiginosamente el número de los impostores ante el aturdimiento de la desmoralización de los verdaderos creadores". Y acaba resonando como honda queja de legitimador sin competencias, de aturdimiento después del ensayo como aprendiz de brujo que ya no puede controlar las fuerzas desatadas.

Así se fueron configurando los ecos de la posmodernidad hispana, se fue configurando una imagen de un estado de cosas. De la posmodernidad como forma, estilo y figura, que servía para justificación de muchas mediocridades y como apunte de algunos síntomas: la de un país que necesitaba mostrarse a sí mismo que se había producido un cambio, en el que la cultura era tenida como valor supremo y la realidad se vislumbraba como una impostura esperanzada.

En la distancia Baudrillard no cesaba de proclamar la necesidad de una lucidez engañosa, la incapacidad de las teorías para salir de la crisis, y el reclamo del modelo de las sociedades sin historia como perspectiva de futuro (su descubrimiento de los EE.UU. adquiere características de quien sucumbe fascinado ante las puertas del Imperio), como realización última de la utopía de la ficción y del poder del dólar, que no es otra cosa que el efecto teatral que conlleva la búsqueda de la gloria (Baudrillard, 1984, 1985, 1986).

Se iban descubriendo las cartas de un nuevo ocaso de las ideologías, de una individualidad cínica frente al mito del progreso colectivo, que avoces gritaba sálvese quien pueda, y en cierta forma, tonto el que se suba el último. Había una sensación de que estaban pasando cosas, y que se manifestaba en constantes exposiciones, nuevos locales de moda, proliferación de diseñadores,

grupos musicales y revistas de las llamadas culturales. La acción representaba el ritmo elíptico del cómic, lo que hacía que los personajes estuviesen enmarcados en viñetas. Sólo había que vivir y sacarle partido a la oferta, y esperar el turno. Ahora habría lugar para todos en el reino de la fama.

Pero los sueños no duran eternamente y los espejismos desvanecen con la proximidad. Además los mentores de la idea habían crecido en la modernidad. Y en aquel entonces renegaban de su pasado de monjes y guerreros, para gritar a las cuatro esquinas desde el centro sus nuevas conquistas y descubrimientos: el cuerpo, la imagen que deviene en apariencia y el valor del público reconocimiento de lo que era una acción fugaz y justificadora del pasado. Pero al no controlar el proceso, al no dominar la inmersión pretendida se persía el sentido de originalidad deseada. Todo y todos eran posmodernos, y aunque la confusión fuera una de las actitudes básicas de lo que pretendía ser un movimiento (confusión de personajes, de roles, de apariencias), quienes la habían denominado siempre había formado parte de una minoría, de una élite, que cuando deja de sentirse como tal envía todos los improperios sobre quienes han confundido las reglas del juego y han trastocado el ceremonial inicialmente dispuesto. Como síntoma, Lozano anunciaba en La Luna que ya no tenía interés en visitar una exposición como la de Cezanne, cuando ya la ceremonia cultural que le acompañaba se había transformado en un hábito colectivo, y la ceremonia de la confusión igualadora reinaba en la cola interminable de la espera.

Por todo ello 1986 ha sido el año de la desaparición definitiva. La posmodernidad cultural sólo queda en el recuerdo de alguna intrépida y despistada periodista o en el de algunos provincianos que visitan Madrid. Tuvo casi un lustro de vida, que ya es mucho para un proyecto hispano.

Quienes lo iniciaron e impulsaron se han retirado a sus pisos de invierno, gestan nuevos proyectos o reciben los beneficios de ya ser re-conocidos. En el lastre del despegue queda el interés por

la imagen personal, por la estética plástica como artilugio decorador y sobre todo por la pérdida del miedo a salir de noche.

La posmodernidad es la denominación hispana de un intento de normalización cultural, que ya había sido apropiada por los gobiernos de los estados occidentales en la década pasada, cuando se descubre que la política y la religión han dejado de ejercer los hasta entonces efectos aglutinadores sobre las mayorías silenciosas, que ya comienzan a dejarse de implicar en los vehículos de aglutinación, que como señala Baudrillard, habían ofrecido la revolución y la salvación. Invertir y patrocinar actos culturales, hacerse eco promotor de lo que se lleva en la calle se transforma en sinónimo de ayuda a la cultura. Se hace necesario multiplicar la oferta para confundir y despistar hasta a quienes no se habían planteado la necesidad de la demanda. Ahora el presente aparece repleto de quietud. Las aguas vuelven a otro cauce a la espera de nuevas ceremonias. Ahora el proyecto de un consumo cultural en el que moda, diseño y estética son los reflejos recuperadores de sentidos ocultos, deviene en normalidad de la que ya ha caído la atribución de posmodernidad, y para la cual ya no cabe ni el lugar de la nostalgia.

Este es el ámbito más notable y sobresaliente del inventario. pero hay otros posibles recorridos, otros síntomas que pueden contribuir a reabrir la extensión de la propuesta de reflexión sobre el presente.

#### La estética como atributo de nuevos síntomas.

Junto al atributo cultural, los acercamientos al sentido de la estética posmoderna han sido de los más abundantes y persistentes en aparecer cuando se realiza un acercamiento inventarial. Entre nosotros ha servido sobre todo para recapitular el valor de la estética moderna, y sobre todo el lugar histórico ocupado por las vanguardias. Por ello el discurso sobre la crisis de las vanguardias ha marcado la pauta de las aproximaciones. A su cola, la

idea de que el arte pueda contribuir a dar un nuevo sentido a la vida y favorecer una revolución que cambie la sociedad y la cultura, se ha ido diluyendo en los ochenta. La norma sobre el sentido del arte, de la coherencia de una tendencia o de la finalidad de una obra, ha sido sustituida por la pluralidad reconocida y defendida como un valor, y el eclecticismo basado en la reinterpretación de referentes históricos ha servido como pauta mágica de actuación ante pasados determinismos militantes en relación con el estilo y la forma.

Las que fueron banderas del denominado arte moderno, o tardomoderno, el de los sesenta y los setenta, el valor por lo nuevo, el experimentalismo y la euforia del gesto parecen también haberse diluido. Se han superado los determinismos disciplinares que conformaban anteriores valoraciones estéticas. Simón Marchán (1984, 1986), que ha sido quien con más amplitud ha catalogado el panorama de la pintura de los ochenta desde una perspectiva no local sino internacional, señala el alejamiento de las valoraciones estéticas contemporáneas del "imperialismo de la lingüística", o de los sistemas totalizadores, que se acercaban a la obra como quien lo hacía a un texto enmarcado. La semiótica y el estructuralismo quedan también denodadas en favor de una nueva hermenéutica. La que viene marcada, por la impresión estética que sobrepasa el signo lingüístico reductor.

En la esfera de los hechos, la euforia hispana la marca la selección de Barceló para la Documenta de Kassel de 1982, con la que reemprende la tendencia de una figuración expresionista que se hace internacional y que no pretende incorporar el juego de engaño que constituye el dominio de la perspectiva (Hughes 1985), dice que esto no es fruto de un planteamiento estético, sino de una alternativa a una incapacidad técnica), y donde "la inmediatez del vocabulario expresionista queda bloqueada y el gesto se convierte en signo de sí mismo" (Borja, 1985). Se produce un progresivo distanciamiento de la obra, a pesar de resaltar motivos cotidianos, y se pone de manifiesto una oposición entre la expresión y la comunicación marcado por un vitalismo comprensivo, en

ocasiones primario y terapéutico, que alejado de iniciales ingenuidades, no ignora que el juego y la fortuna la marcan con frecuencia galeristas, comisarios, coleccionistas o los críticos en los medios de comunicación. Se genera entonces una actitud en apariencia revisionista e incluso neoconservadora, pero que también tiene mucho de cínica frente a las normas de adaptación y aprendizaje que vienen impuestas por la norma cultural descrita con anterioridad. La pauta no es la de diferenciarse sino parecerse a los referentes históricos, a quienes se les modifica el significado originario, y sobre quienes se actúa a modo de nuevas bifurcaciones por la mayor cantidad de caminos posibles. La historia, los símbolos se recuperan como referentes fragmentarios en temas e intenciones formales.

En este panorama ya hay quien habla de paréntesis eufórico y quien ya reniega con repudio de la divisa "todo vale". Se ha ido aclarando el sentido de la modernidad, y quienes muestran por escrito sus reflexiones sobre la estética contemporánea reclaman el rescate de esa modernidad pero reescribiéndola en los nuevos tiempos, para integrar el sentido del arte y la cultura (Subirats, 1985), o regenerar "una modernidad bastardizada por amplios sectores artísticos del siglo XX" (Borja, 1985), con la finalidad de "reformular en el arte un sentido social, la relación íntima con la naturaleza, los símbolos de la emancipación y la libertad formal y expresiva que ayer constituyeron la esperanza, hoy olvidada, de un mañana mejor", como reclama ilusionado el mencionado Subirats.

Sin embargo, no resulta esperable esta toma de conciencia comprometida, por parte de unos individuos a quien se les muestra el presente como una referencia que se les escapa de las manos. Se observa, por el contrario, la sensación de que la euforia del primer lustro de los ochenta se ha diluido, en una realidad pragmática y sin trascendencias. Es posible captar el final de una generación de artistas, sobre todo de pintores, que corrían tras el sueño de la suerte y de la fama, tras el espejismo creado sobre todo por la imagen, la estética y el trunfo del emblema de

una nueva edad de plata de la cultura y la estética hispana. Se aprecia por el contrario, una toma de conciencia en otro sentido del que indicaba Subirats. La de ir perfilando un proceso y un estilo propio, que resulta beneficiado de no tener que rendirse a culpabilidades, influencias, referencias o invocaciones. No se necesita rechazar bajo el amparo de un falso purismo la finalidad decorativa de una obra, sino que se asume como una posible intrascendencia que deriva del resultado obtenido. El espacio ocupado por el artista se modifica, y en su materialización busca expandirse más allá de la tela o la escultura. El diseño, la aplicación de las nuevas tecnologías, la proyectación de nuevos entornos son posibilidades que hacen alejarse del sueño del artista de la modernidad atrapado por su propia trascendencia, y en el que un arte privado y un vivir público se entrelazan. Con ello una nueva bifurcación parece estar pronta a mostrarse y a expandirse.

Quizá sean los que preceden los ámbitos inventariables que han tenido una mayor relevancia en el contexto hispano, sin embargo es difícil sustraerse a otros recorridos que puedan completar la panorámica iniciada.

#### El entorno como re-presentación.

La arquitectura posmoderna, fue en sus orígenes una reacción a ciertos determinismos del "international Style" (1932). Aquí coincide su llegada denominativa a comienzos de esta década con una parada constructora. Este intervalo, en principio finalizado, ha servido para recuperar la función artística en la arquitectura. Con ella, la decoración y el ornamento simbólico conviven con la precedente funcionalidad que tenía mucho de totalizadora y codificadora y que habían dotado de una sobrecargada responsabilidad a la arquitectura y al urbanismo moderno, según la visión de Habermas (1984). Se pasa a actuar con criterios particularistas e intervenciones contextuales, rescatando a la vez un sentido histórico de definición rememorativa, pero reconvirtiéndolo en

una reconceptualización del lugar, que como indica Ochotorena (1986) ha de estar "delimitado y configurado bajo el control del diseño", y proyectado con valores de significación sobre todo comunicativa o de imágenes, con un sentido de "presencia" de lo construido tal y como lo refleja Louis Kahn, para muchos el puente entre las posiciones modernas y posmodernas, "y hacia el cual el ser humano se dirige para proyectar su deseo de ser en el espacio, conquistarlo y poseerlo" (Ochotorena, 1986). De estas premisas, el ornamento estético está mostrándose en las fachadas y espacios públicos, en ocasiones con reiterada monotonía. Se han ido produciendo cambios conceptuales en los publicitarios de la arquitectura, y se han vuelto a autores que habían ido perdiendo la fuerza originaria que los había visto aparecer (el mencionado Kahn es un ejemplo, Venturi y Scarpa otros). Pero también en ocasiones la referencia de la posmodernidad ha quedado reducida a la incorporación de elementos neoclásicos en convivencia con revisados constructivismos, introduciendo a la postre el sentido plural de la representación arquitectónica.

A todo ello habría que unir las ya mencionadas formas de intervención en contextos urbanos puntuales, lo que ha permitido reformular el diseño de los objetos cotidianos y de los espacios públicos. Ahora que se anuncian nuevos años de abundancia constructora, y las dos ciudades conmemorativas van a actuar de escaparate privilegiado de importantes remodelaciones urbanísticas, habrá que estar atento a la entrada de futuras concretizaciones y tendencias, pero que hoy ya sirven de argumento para una imposición estética y urbanística con la etiqueta de una dominancia artística.

#### Los ecos disidentes.

Las posiciones de la posmodernidad hasta ahora recorridas han generado también posturas de rechazo y en ocasiones de ridiculización. Se las ha tildado de invento madrileño, al que se han ofrecido alternativas denominativas, como el de "cultura de la cri-

sis" (Ramoneda, 1985; Lorés, 1984), que opera como referente de la situación creada por los cambios en las relaciones sociales derivados sobre todo de la situación de paro laboral, y que lleva parejo "que el trabajo no sea el criterio fundamental de la distribución de la riqueza".

Se la ha vapuleado por no ser crítica y "justificar vivir en un baño María permanente, donde se prohíben las preguntas porque el hombre ya es feliz habiendo sido centrado por los agujones de la modernidad" (Lorés, 1984). Ha sido calificada como "futura anti-gualla" reaccionaria (Sastre, 1984), o se la ha cuestionado su reiteración sobre temas y problemas ya planteados por la modernidad y ahora rescatados pero vacíos de contenido (Muñoz, 1986), o como una ironía continuista de lo ya ocurrido en el franquismo antimoderno (Cañas, 1985), o como una concepción que "se define como pérdida de la fe en la razón (...) y se es posmoderno en virtud de una declaración fideista y en un acto de soberana petulancia (Castilla del Pino, 1984). Lo que quizá nos muestra que han sido tocadas demasiadas identidades por parte de algo con tan poca consistencia, se han construido nuevas fortalezas ante un enemigo tan en apariencia irrelevante.

Pero si el advenimiento de la posmodernidad ha servido para algo, ha sido para iniciar entre nosotros el conocimiento de la modernidad; sobre la cual abrió el debate el fenecido Viejo Topo en las postrimerías de 1981, y al hilo de la propuesta del proyecto inacabado de Habermas (1981), entraron en la polémica Burger (1982), Schaith (1982), Pardo (1982), Ocampo (1982), Rubert de Ventós (1981) quien por entonces había publicado su ensayo "De la modernidad" y Dorflés (1982), y que adquieren continuidad en las recientes recapitulaciones de Subirats (1986) y Racionero (1986), en el Suplemento en catalán de El País. Recoger lo que se ha trenzado en estos cinco años sobre esta cuestión queda como tarea pendiente, pero si hace necesario señalar que tal vez ha servido para explicar o aclarar posiciones ante un antónimo -el de la posmodernidad- en apariencia amenazante. En el fondo este es el punto crucial de una posible polémica si la hubiera: el sentido

del tiempo que deviene a la modernidad en relación con el concepto, proyecto o realidad de la que es continuidad supuestamente superadora. problemática que continúa en el epílogo.

La necesaria reflexión sobre la cultura contemporánea.

Inicialmente, lo contradictorio de la referencia de posmodernidad es la propia denominación, que al diferir en la idea de continuidad, de lo que viene después, rescata un sentido de diacronía que es radicalmente moderno, hasta el punto que el propio Lyotard (1986) lo remite al Cristianismo, al Cartesianismo y al Jacobinismo. Esta idea de cronología, sin embargo, puede tener una doble lectura. La aparente contradicción puede ofrecernos una doble posibilidad de acercamiento al concepto y la realidad que aquí se debate.

Quienes dieron nombre a la posmodernidad lo hicieron desde un bagaje, una tradición formativa dentro de lo que se ha denominado alta modernidad. Desde esta perspectiva, la posmodernidad es una posición teórica moderna que tiende a clasificar en su interior un conjunto de fenómenos, o de niveles de realidad dentro de un marco conceptual que pretende ser totalizador. Con ello la propia atribución se inscribe en el terreno de la paradoja. La posmodernidad que se presenta como ruptura, como disgregación, como separación de los grandes principios y propósitos de la modernidad, cuando trata de construirse discursivamente vuelve a quedar inmersa en la totalidad comprensiva de las explicaciones modernas. Así la posmodernidad como condicional social o cultural posee una entidad que le es propia, pero como construcción denominativa y analizable es o se realiza dentro de los sistemas conceptuales creados en la modernidad, o al menos hace referencia a ellos.

Pero también es posible abrir una aproximación más benévola, que esté más en consonancia con sus propias notas definitorias. De esta manera, frente a la ruptura que proponían y reivindicaban las vanguardias, frente a la confrontación en el terreno de lo

social, de lo estético y de lo político cultural, que era característico de la modernidad, la posmodernidad no teme no oponerse, no establecer rupturas, llenándose con ello de contigüidades superficiales, que actúan en el doble sentido de continuidad y de diferencia, como desamarque de radicalismos rompedores. Es resultado de un posicionamiento en el relativismo, que hace de espejo a quienes le atribuyen una postura neoconservadora, para justificarse de su apoltronamiento beneficiario de antiguas luchas y del sueño de la revolución no realizada.

La posmodernidad no es un término unívoco, señalan algunos de sus detractores, y por consiguiente es difícil definirla. Sería contradictorio con su idea y su tiempo lo contrario. Tanto la posmodernidad como la cultura de la crisis, son intentos de caracterizar el presente que han confluído en el tiempo específico de la década de los ochenta, son intentos comprensivos por explicar quienes somos y lo que nos acontece. Y sobre este contenido las miradas han de ser forzosamente subjetivas y variables. La posmodernidad sería entonces un intento de pregonar el sentido del cambio en los valores que se proyectan sobre el sujeto y la historia. Una historia que ha dejado de operar como gran enmarque comprensivo de hechos y anhelos justificadores, y que ya no se justifica por los grandes sistemas comprensivos y motores: el progreso, el dominio o la revolución, sino que se concreta en lo cotidiano. No basta para ello sino echar una mirada sobre los sucesos recientes en Francia, tanto con los estudiantes como con las huelgas obreras, donde el factor movilizador no son las ideas salvadoras sino la necesidad de consecución de lo inmediato.

Por todo ello estamos situados frente a un reto, el de explicar el tiempo que nos ha tocado vivir desde sus propios modelos de comprensión, pues es el propio acontecer el que lo peculiariza: la aparente homogeneidad en modas, emblemas, estéticas y valores que se reivindican o rechazan como conformadores de la implantación del estilo peculiar del imperio morteamericano. Esto supone la percepción de los acontecimientos y del tiempo en clave televisiva, donde no es posible establecer niveles diferenciadores

ante lo visualizado, ya que todo se homogeneiza por las formas de presentación del mensaje. A lo que se acompaña el progresivo anquilosamiento de las formas de gobierno derivadas del modelo de democracia definida y practicada desde la modernidad. Se ha abierto la posibilidad de interceptar el mito del origen de la vida reduciéndolo a una manipulación genética en el laboratorio. Aparece una losa que sobrecoge y elimina movilizaciones o hace más pragmáticos a quienes la sumen como una realidad presente: todo puede acabar en un instante por la posibilidad de un desastre nuclear. Los cambios tecnológicos y en las comunicaciones van a implicar profundas modificaciones tanto en las relaciones sociales como en las de producción, favoreciendo a la vez una mayor diversificación de la información y una mayor concentración de las fuentes de la misma. La perspectiva de unas relaciones de convivencia basadas en los beneficios obtenidos del trabajo, constituye la referencia a un valor del pasado moderno que ya ha dejado de poseer un valor de significación de carácter absoluto. La vuelta a grupos y asociaciones referenciales del más variado cuño, pero que conllevan formas de solidaridad que recuerdas más a los gremios de asistencia mutua que a las organizaciones de masas de la modernidad. Es posible apreciar, en suma, todo un conjunto de síntomas que definen este tiempo y que están generando transformaciones en la forma de percibirnos y explicarnos. Hay una confrontación latente entre quienes pregonan que estamos en el mejor de los mundos posibles y quienes no saben qué papel les tocará jugar en él, o si tan siquiera les va a corresponder alguno.

De estas consideraciones deriva la posmodernidad, son las esferas de realidad que intenta definir o hacer comprensibles. El reto que frente a ello se abre de cualquier manera es evidente: no renunciar a reflexionar sobre el presente, a tener una actitud de respuesta ante el futuro. Desde el recorrido propuesto en este inventario hay que hacer constar que el intento entre nosotros es muy débil, y quienes ejercen su presencia desde los distintos poderes cumplen con su obligación histórica de no fomentarlo. Pero en cierta forma esto es una ventaja porque de inmediato lo

legitimarian y lo asimilarian. La posmodernidad es lo que ahora vivimos, el nombre es lo de menos. La actitud con la que se encara es la que está por explicitar, la forma de apropiárselo o reflectarla es lo que está por lograr. De cualquier manera, requiere construcciones diferentes a las que hasta ahora se han utilizado, pues la presente realidad ya no resiste la repetición de hábitos y esquemas añejos. Es necesario reformularlos o reinventar otros nuevos.

## BIBLIOGRAFIA

- BARTH, J. (1983). Literatura postmoderna. Quimera, 46, 47, 14-21.
- BRAUDRILLARD, J. (1984). Braudrillard defiende en Alicante la incapacidad de las teorías ante la crisis. (Entrevista con Jaime Millás). El País, 9 de marzo.
- BRAUDRILLARD, J. (1984a). El despertar de los utópicos. El País, 30 de marzo.
- BRAUDRILLARD, J. (1986). Por una lucidez engañosa. El País, 4 de mayo (1976).
- BORJA, M.J. (1985). Complejidad y contradicción en el arte postmoderno. Lápiz, 28 octubre, 14-15.
- BURGER, P. (1981). El significado de la vanguardia. El Viejo Topo, 63, 46-48.
- CAMPILLO, A. (1985). Adiós al progreso. Una meditación sobre la historia. Barcelona. Anagrama.
- CANGUILHEN, G. (1975). La formación del concepto de reflejo en los siglos XVII-XVIII. Barcelona. Avance (1955).
- CAÑAS, D. (1985). La posmodernidad cumple 50 años en España. El País, 28 de abril.
- CASTILLA DEL PINO, C. (1984). Razón y Modernidad. El País, 2 de mayo.
- CASTIÑEIRA, A. (1985). Àmbits de la postmodernitat. Barcelona. Comumna.
- DORFLES, G. (1982). Es decir, antimoderno. El viejo Topo, 65, 46-48.
- FOSTER, H. (Comp.) (1985). La Posmodernidad. Barcelona. Kairós.
- HABERMAS, J. (1975). Problemas de legitimación en el capitalismo tardío. Buenos Aires. Amorrortu.
- HABERMAS, J. (1984). Arquitectura moderna y posmoderna. Revista de Occidente, 42, 95-108.
- HABERMAS, J. (1985). La modernidad, un proyecto incompleto. En H. Foster (comp.) La posmodernidad. Barcelona. Kairós (1980-1981).
- HARO IBARS, E. (1984). Retrato de un posmoderno. Liberación, 3 de noviembre.

- HUGHES, R. (1985). Careerism and Hype Amidst the Image Haze. Time, 24, 17 June, 46-51.
- ICA. DOCUMENTS (1986). Postmodernism. London. ICA.
- JAMESON, F. (1985). Posmodernismo y sociedad de consumo. En H. Foster (compl.) La Posmodernidad. Barcelona. Kairós (1982).
- JENCKS, CH. (1981). El lenguaje de la arquitectura posmoderna. Barcelona. Gustavo Gili (1977).
- LASH, S. (1985). Postmodernidad y Deseo. Debats, 14, 42-48 (La bibliografía de este artículo es esencial para conocer el debate en torno a Habermas).
- LIPOVETTSKY, G. (1986). La era del vacío. Barcelona. Anagrama (1983).
- LORES, J. (1984). De la postmodernidad. La Vanguardia, 27 de noviembre.
- LYOTARD, J.F., (1984) La condición postmoderna. Madrid. Cátedra (1979).
- LYOTARD J.F., (1985). Reglas y Paradojas. Los Cuadernos del Norte, 33, 48-52.
- LYOTARD, J.F. (1986). Reescribir la modernidad. Revista de Occidente, 66, 23-34.
- LYOTARD, J.F. (1986). Defining the Postmodern. ICA, London.
- MARCHAN, S. (1984). Le bateau ivre: para una genealogía de la sensibilidad posmoderna. Revista de Occidente, 42, 7-15.
- MARCHAN, S. (1986). Del arte objetual al arte del concepto. Madrid. Akal (1984). (En esta nueva edición aparece un Epílogo sobre la sensibilidad posmoderna. Antología de escritos y manifiestos).
- MUÑOZ, J. (1986). Inventario provisional. Revista de Occidente, 66, 5-22.
- OCAMPO, E. (1982). El descrédito del vanguardismo. El Viejo Topo, 65, 46-50.
- ACHOTORENA, M. (1986). El espacio arquitectónico como lugar construido. Revista de Occidente, 66, 49-56.
- ORTIZ-OSÉS, A. (1986). La nueva filosofía hermenéutica. Hacia una razón axiológica posmoderna. Barcelona. Anthropos.
- PARDO, J.L. (1982). En qué somos aún (También nosotros) modernos. El Viejo Topo, 64, 48-49.

- RACIONERO, LL. (1986). Notes sobre un concepte. El País, 12 de octubre.
- RAMONEDA, J. (1985). La cultura de la crisis. Saber, 1, 16-22.
- RUBERT DE VENTOS, X. (1981). Kant responde a Habermas. El Viejo Topo, 64, 46-49.
- SASTRE, A. (1984). La posmodernidad como futura antigualla. El País, 17, 18 y 19 de abril.
- SCHNAITH, N. (1981). Tradición y vanguardia en tiempos de nostalgia. El Viejo Topo, 63, 48-50.
- SUBIRATS, E. (1985). El diseño y la cultura tardo-moderna. Los Cuadernos del Norte, 33, 56-65.
- SUBIRATS, E. (1986). Tres definicions breus. El País, 12 de Octubre.
- TONO MARTINEZ, J. (Coord.). (1986). La polémica de la posmodernidad. Madrid. Ediciones Libertarias.
- TRIAS, E. (1980). Conocer a Goethe y su obra. Barcelona. Dopesa.
- ULLAN, J.M. (1985). La otra cara de La Luna de Madrid. Diario 16, 8 de septiembre.
- VATTIMO, G. y ROVATTI, P. (1983). Il pensiero debole. Milano. Feltrinelli.
- VATTIMO, G. (1985). El fin de la modernidad. Barcelona. Gedisa (1985).
- WELIMER, A. (1985). Sobre la dialéctica de la modernidad y la postmodernidad. Debats, 14, 67-87.